

DOÑA JUANA MANUEL,

MUGER DE ENRIQUE II.

I.

Hija de Doña Blanca de la Cerda y Lara y de D. Juan Manuel su marido, nieto de San Fernando, nació Doña Juana en el año 1339, y muy jóven todavía unióse en matrimonio con D. Enrique, Conde de Trastamara, hijo bastardo de Alfonso Onceno y de Doña Leonor de Guzman. Desde el principio de su enlaçe, empezó á sufrir contrariedades y desventuras, consecuencia precisa del constante estado de agitacion en que se encontraba Castilla, gobernada por un príncipe desatentado, y combatida por opuestas ambiciones, que tomaban cuerpo y se fortalecian, á la sombra de los mismos desórdenes del monarca.

La rebelion de D. Enrique en Asturias hizo experimentar á Doña Juana terribles sobresaltos, al mismo tiempo que puso de manifiesto las nobles prendas de su corazon. Encerrada en Gijon, mientras su esposo se posesionaba de la inaccesible sierra de Monteyo, donde aguardó la hueste real, acudió con el producto de sus joyas á las necesidades de los sitiados, hasta que estos capitularon con el Rey, á condicion de que perdonaria á D. Enrique.

Mas tarde hallábase en Toro en union de las reinas Doña Leonor y Doña María cuando el monarca entró en la villa por la traicion de Garcia Alonso Trigueros, y salia del alcázar con la madre de D. Pedro,

acompañada de Ruiz Gonzalez de Castañeda, de D. Pedro Estebanez, maestre de Calatrava y de otros caballeros, cuando los maceros y sayones del rey cargando sobre ellos los mataron á golpe de maza, salpicando la sangre de aquellas víctimas los rostros de Doña María y de Doña Juana, que cayeron al suelo sin sentido, encontrándose al volver en sí, todavía rodeadas de aquellos sangrientos cadáveres. En tan horrible dia escuchó horrorizada los gritos con que la reina maldecía al hijo que habia llevado en su seno, pidiendo que la alcanzara á ella la cuchilla de algunos de los verdugos; y entonces tambien perdió su libertad Doña Juana, quedando prisionera en poder del cruel monarca.

No estaba á la verdad muy segura su vida hallándose esta á merced del sanguinario D. Pedro; por lo que D. Enrique que habia logrado ponerse á salvo fuera del reino, buscaba sin descanso medios de libertar á Doña Juana de aquella peligrosa cautividad. Para conseguirlo se valió de D. Pedro Carrillo que estaba con el bastardo en Aragon, disponiendo que fingiese pasar al servicio del Rey, ofreciéndole hacerlo si le daba herencia en Castilla. D. Pedro lo concedió, y tan buenas trazas se dió el diligente Carrillo para lograr su propósito, que no tardó mucho en sacar de su prision á Doña Juana, burlando la vigilancia de sus perseguidores, y volviéndose con ella á Aragon donde la recibió el de Trastamara con tanto gozo, cuanto fué el sentimiento del Rey. Corria entonces el año de 1357 en que llevaba otro de prision la noble dama, y al siguiente dió á luz en la villa de Epila un hijo, cuyo nombre fué D. Juan, el cual heredó mas tarde la corona de Castilla.

Aumentándose de dia en dia el número de los descontentos en Castilla por el arbitrario y cruel proceder de D. Pedro, crecia el partido de D. Enrique en tanto grado, que venciendo este en el campo de Araviana, junto al Moncayo, á los fronteros del reino de Castilla, y trayendo despues fuerzas de Francia, y algunos señores de Inglaterra, entró en el reino por Alfaro, y empezó á intitularse rey en Calahorra, pasando luego á Búrgos donde fué recibido por Rey, y se

coronó en las Huelgas en la primavera de 1336. Desde entonces empezó Doña Juana á ser tambien titulada Reina de Castilla; acompañando constantemente á su esposo en todos los trances por que tuvo que pasar antes de subir al trono, gozó despues pacíficamente la corona hasta su muerte acaecida en Salamanca á la edad de cuarenta y dos años, en el de 1381.

Modelo de esposas y de madres, sus virtudes dieron siempre á esta Reina merecido renombre; pero el titulo con que adquirió justa celebridad, está basado en la mas fecunda y santa de todas las virtudes; en la caridad. Su pura llama ardió siempre en el pecho de Doña Juana Manuel, siendo tanto el amor que profesaba á los desvalidos que pasó su nombre á la historia, con el hermoso y envidiable dictado de *«madre de los pobres.»*

Mucha fué la fortuna que reunió Doña Juana. Rica por herencia de familia, lo era tambien por la liberalidad del Rey su esposo, hasta el punto de dejar declarado este en su testamento, que *«no hubo reina en Castilla que tanta tierra tuviese;»* pero buen empleo sabia hacer de sus riquezas, viviendo ella modestamente y amparando con largueza á todos los desvalidos. Digna é imperecedera fama la que se conquista con las buenas obras. Su memoria queda escrita con caracteres indelebles por las lágrimas del agradecimiento, y profundamente grabadas en el corazon de la humanidad.

II.

En la capilla conocida con el nombre de los *Reyes nuevos de Toledo*, en el arco inmediato al que ocupa el sepulcro de Enrique II hallase el de su esposa, con escultura yacente, cuyo tranquilo semblante, en el que bien claro se descubre que el artista procuró hacer un exacto retrato de la difunta reina, reflejan las perfecciones de su

alma en armonía con las de su cuerpo: su magestuoso talle, dice á este propósito un erudito artista de nuestros dias ¹, sus bellas facciones levemente coloradas con transparente carmin, la sonrisa que aparece en sus labios, nos la representa cual si un soñar placentero embargase sus sentidos. Ciñe su cabeza la real corona que ajusta en sus sienes un corto velo, así como las tocas que cubren el cuello y pecho con suma honestidad. El traje es tan nuevo y singular como rico y ostentoso y nos ofrece uno de los primeros ejemplos de aquella ropa rozagante, que desde su union al simulado y alto talle cae en menudos y simétricos pliegues, ensanchándose gradual y abundantemente hasta los piés. Este brial, pintado de verde y sembrado de lirios de oro, parece estar un tanto abierto ó alzado por delante hácia la rodilla izquierda, descubriendo así parte de la blanca túnica interior. Todo el traje de esta escultura tan notable por referirse á la caritativa esposa de Enrique II, es también importantísimo por la grande enseñanza que ofrece para la indumentaria del siglo XIV. La inscripción del sepulcro dice así, modestamente restaurada:

AQUI YACE LA MUY CATÓLICA Y DEVOTA REI-
NA DOÑA JUANA, MADRE DE LOS POBRES E MU-
GER DEL NOBLE REY D. ENRIQUE, HIJA DE D. JUAN
HIJO DEL INFANTE D. MANUEL, LA QUAL EN VIDA
Y MUERTE NO DEJO EL HABITO DE SANTA CLARA:
E FINO A VEINTE Y SIETE DIAS DE MAYO AÑO DEL
NACIMIENTO DE NUESTRO SALVADOR JESUCRISTO
DE 1381.

¹ Carderera.

DOÑA LEONOR DE ARAGON.

Animada del mismo espíritu de caridad que Doña Juana Manuel, á cuyo lado pasó los primeros años de su adolescencia, la infanta Doña Leonor, hija de D. Pedro IV de Aragon y de Doña Leonor de Sicilia, enlazada al Rey de Castilla D. Juan I demostró en todas sus acciones ser digna discípula de la madre de su esposo. Corta fué su existencia, pues nacida en 1358, falleció en la villa de Cuellar á 13 de setiembre de 1382 á la temprana edad de veinte y cuatro años; pero en tan corto período demostró tales prendas de virtud, que la hicieron digna del renombre de santa, con que han trasmitido su nombre á la posteridad cronistas de aquel tiempo.

Su caridad era de tal suerte, que veíase con harta frecuencia sufriendo escasez y penuria por atender á los pobres y desvalidos; y estaba tan arraigado en su corazón el sentimiento de la justicia, que ni aun en sus mayores apuros quiso gravar con los acostumbrados impuestos á los judíos, sin embargo de ser costumbre de aquel tiempo que estos pagaran sus servicios á los señores de los lugares en que vivían, prefiriendo Doña Leonor sufrir necesidades á que los vasallos hebreos obligados á dar lo que no debieran, maldigesen de ella, del Rey ó de sus hijos. Notable ejemplo que aun en siglos de mayor ilustración, en vano deseáramos ver imitados, y que basta por sí solo para hacer la apología de aquella ilustre princesa, tan piadosa como tolerante, tan tolerante como caritativa, tan caritativa como justa.